

PREMIO ACCÉSIT MENOR DE 18 AÑOS DEL II CERTAMEN DE CUENTOS Y RELATOS BREVES “JUNTO AL FOGARIL” , AÍNSA 2009.

CATEGORÍA GENERAL MENOR DE 18 AÑOS.

AUTOR: AMAIA GOÑI VEGA

TÍTULO: UNA EFÍMERA ILUSIÓN

PSEUDÓNIMO: CIELO

UNA EFÍMERA ILUSIÓN

¡Hola! Me llamo María, y soy de Huesca. Tengo quince años, y me gustaría contaros una de las muchas historias que ocurren en mi vida cotidiana. Para empezar, he de decir que soy rubia, de ojos marrones y de complexión mediana. Es decir, soy una chica normal, del montón, aunque las cosas que me pasen no lo sean en absoluto. Mi madre me define como una “*adolescente en plena función*”. No obstante, tampoco creo que sea lo contrario.

La historia comienza hace unos cuatro años. Por aquel entonces yo tenía doce, y estudiaba sexto de primaria. No es que fuese demasiado feliz, más bien todo lo contrario. La ortodoncia, los zapatos para corregir el problema de mis pies, mi prematuro acné y mis gafas de culo de botella dificultaban que me convirtiera en la siguiente *miss* de algún desconocido lugar. Como podéis imaginar, los chicos se acercaban a mí lo mínimo, intentando que no les hablase. La única ventaja de aquello era que en gimnasia nadie era competitivo por tratar de pillarme en algún juego.

Las burlas de mis compañeros eran constantes. Pero me daba igual, tenía la fiel compañía y ánimo de mis amigas, quienes sabía que nunca me fallarían. El día de mi cumpleaños de aquel 2005, me regalaron un estuche que me encantó. Tenía dentro varias pinturas, lápices y bolígrafos en los cuales aparecía mi nombre grabado.

“María G.” se leía. Esbocé una gran sonrisa como signo de aprobación, y ellas me abrazaron, deseándome el mejor día del año. Aún así, los chicos de mi clase volvieron a aparecer, y me dieron tales tirones de orejas que hicieron que se me quedaran rojas durante días.

Los chicos, incluso algunos que ni siquiera conocía, con el fin de volver a enfadarme, me robaban los lápices de colores que tan amablemente me habían regalado mis amigas.

-¿Es que no tenéis suficiente? –les chillaba, mas se reían.

Cada semana me desaparecían varios, hasta que, después de unos meses, acabé perdiéndolos todos. Odiaba a esos niños con toda mi alma.

Ese tipo de situaciones eran parte de mi día a día. Sin embargo, los estudios se me daban bien, sacaba buenas notas, sobretodo en inglés.

Siendo así, mi madre decidió matricularme los dos cursos siguientes en un internado de Inglaterra. No me lo podía creer. Aquello me pilló de sorpresa.

-¡Pero mamá! ¡Estas cosas se consultan! ¿Tú sabes lo que has hecho? ¡Pero si nunca he cogido un avión! –me enfurruñé, nada más conocer la noticia. –¿Es que no podías hacerlo cuando tuviera algunos años más?

-No, hija. Esta edad es muy importante. Cuanto más joven seas, más rápido aprenderás. Ya verás como al final acabas agradeciéndonoslo.

No quise discutir, pues sabía que no valía la pena. Sólo había una persona en el mundo más testaruda que yo y ésa era mi madre. Mis amigas lloraron al conocer la noticia y, soltando unas cuantas lágrimas, despedí aquel día triste y agotador.

-¿Yo? ¿En Inglaterra? –me preguntaba a mi misma antes de dormir. Echada en mi cama boca arriba pensaba en que ese techo que cada noche veía también lo echaría en falta.

En septiembre de aquel año me dispuse a empezar en Inglaterra un nuevo curso, una nueva etapa, una nueva vida.

-Hello, Mary –me dieron la bienvenida unos ingleses en el aeropuerto.

De aquellos dos años no contaré mucho. Hice muchas y muy buenas amigas, aprendí mucho. Pero sobretodo, me volví fan de un joven famoso llamado Danny Jones, que era cantante. Cuando no estaba estudiando, lo escuchaba a él y, si no, hacía las dos cosas a la vez. Dos años más tarde volví a mi querida Huesca, con un montón de posters que no dudé en colgarlos en las paredes de mi habitación.

Vi el mundo diferente, con más alegría. Debía de ser porque ya no llevaba gafas de gruesos cristales, ni aquel aparato que me dificultaba el habla, ni los zapatos ortopédicos. El acné de mi faz había desaparecido milagrosamente gracias al clima de Inglaterra. Mi madre no hacía más que recordarme lo guapa que era y lo delgada que me había vuelto después de no comer casi nada de aquella comida del internado. Sin embargo, habían pasado dos de mis mejores años de vida.

Tras un mes de veraneo en Barcelona llegaba septiembre, donde vería, por fin, mi nuevo instituto que dos años antes habría conocido de no ser por los planes de mi madre.

Las amigas nos juntamos y nos abrazamos como si hubiésemos vuelto después de una guerra de la que pensábamos que no sobreviviríamos. Ésa había sido más o menos mi sensación. Con nuevos chicos en el instituto, el sol todavía marcando presencia y los maravillosos recuerdos de aquel inolvidable verano, sería tarea difícil centrarme en los estudios. Entonces sería diferente.

El primer día de clase fue bastante pesado, ya que aquella hora fue la más larga que nunca había vivido. El nuevo profesor de lengua, joven y con intenciones de hacer globales, nos enseñó los horarios, y nos explicó dónde se daba cada clase. Lo típico.

A la salida, las amigas nos juntamos para parlotear entre nosotras. Pero era de vuelta a casa donde una se podía quejar sobre los profesores, horarios, y demás cosas que para los demás eran insignificantes. Sólo entonces me di cuenta de cuánto las había echado de menos.

Volví a casa, mucho más hambrienta que de costumbre debido al esfuerzo realizado.

-¡Hola, cariño! –me saludaba mi madre, a la cual ignoraba después de una mañana agotadora.

Como había hecho años atrás, fui caminando hasta mi habitación por el angosto pasillo, por el cual iba dejando mi mochila y chaquetas conforme iba acercándome a mi meta mientras mi madre me lo recriminaba. Mi habitación me dio la bienvenida. Posters de Danny Jones me alegraban la vista tal día como aquél.

- Ay, Danny... si tu supieras lo lejos que estoy ahora de ti... –le decía pensativa, mirando a una de sus fotos que adornaban mi pared.

He sido fan de Danny desde el primer día que lo escuché en Inglaterra. Desde entonces ha sido mi amor platónico, mi modelo a seguir, el cantante al cual admiro... y eso que él no sabía ni que existía. Aquello era muy duro. Con unos intensos ojos grises, pelo castaño y mostrando sus dientes dignos de salir anunciando dentífricos, me miraba. ¿De qué se reía? Las esperanzas de verlo en directo eran mínimas, pero aún así le quería, seguía el mismo equipo inglés de fútbol que él, intentaba comer lo mismo y exigía verano tras verano que fuésemos a Londres de vacaciones. Danny lo era todo para mí. Era perfecto. Si algún día me casaba, debería ser con él o, en otro caso, alguien idéntico.

Podéis imaginaros el panorama: una joven en plena adolescencia con las hormonas revolucionadas, fan de un inglés desconocido en España y con un curso que se mostraba espinoso. Eran demasiados cambios.

Los primeros días del curso pasaron lentamente. Volvíamos a la realidad, a la dura e inevitable realidad, aunque poco a poco nos fuimos acostumbrando. Éramos jóvenes, teníamos alegría suficiente como para aguantar aquello y mucho más.

Las matemáticas volvían a ser mis fieles enemigas, ya que seguía sin saber qué utilidad tenían la trigonometría y la estadística en mi futura vida como “mujer de cantante”.

Los días eran monótonos y parecían no tener fin. Aún así, las amigas se convirtieron en mi apoyo incondicional. Los chicos, a los cuales no recordaba, siempre trataban de hablar conmigo, incluso insistían a llevarme los libros a la siguiente aula.

Sabía que había sufrido una metamorfosis, que había pasado de patito feo a cisne, y que ellos ni siquiera sabían qué había sido de aquella María a la que entonces todo el mundo llamaba Mary.

En el momento de que el ensordecedor timbre que anunciaba el final de la clase sonara, los alumnos íbamos al frío baño como si fuera el único sitio existente en la tierra. Nunca había papel higiénico, ni funcionaba la luz. Sólo una fría ráfaga de viento que se adentraba desde la ventana superior nos daba la bienvenida a aquellos urinarios, de los que, de siete, tan sólo funcionaban dos.

Tardé unas semanas en aprenderme los nombres de todos los profesores, alumnos y demás. Fue entonces cuando empecé a reparar en un chico con el que compartía clases de matemática. La primera vez que lo vi, sus ojos grises me absorbieron. Por una décima de segundo, pensé que nunca podría apartar la mirada de

ellos, hasta que al fin lo logré, arrepintiéndome después. Me saludó con una espectacular sonrisa, e inevitablemente se la devolví. ¡Me había sonreído!

Pasé el resto de la clase mirando desde atrás sus perfectos rizos castaños. Entonces me di cuenta. ¡Era igual que Danny! Sin embargo, la voz del inglés era insuperable.

-¿Qué tal? ¿Eres nueva en la ciudad? –me preguntó, mientras observaba cómo recogía mi material.

- Ehmmm... –vacilé. –No, pero antes iba a otro instituto –dije por fin.

-Bueno, supongo que ya conocerás todo el centro, pero si alguna vez necesitas un guía, estoy a tu disposición. –y con esto y un guiño se fue hacia su siguiente clase, dejándome petrificada.

Entonces entendí lo que era un “flechazo”, ya que ese chico me gustaba casi tanto como Danny. Volví a casa más feliz que una perdiz, y saludé contenta a mi familia. Ésta se extrañó. Me incorporé a mi nube, e imaginé al clon de Danny estudiando sus ejercicios de geometría, cosa que hizo que por primera vez en mi vida me apeteciese hacer los ejercicios que el maestro había mandado. Aún así, no hacía más que pensar en él. Sus rizos, su sonrisa, sus ojos...

-¿Quieres un babero? –bromeó mi hermana, mientras entraba sigilosamente a mi habitación sin permiso.

-¿Qué haces aquí, enana?

-Nada... que te he visto bastante atontada mirando al horizonte y he pensado en entrar, pues tenías todos los sentidos desconectados.

-Eso no es verdad. –intente no entrar al trapo. –Y ahora, ¡largo!

Tras probar centrarme en las matemáticas y fracasar, probé con la química, mas no le encontraba sentido. Los protones atraían con menor intensidad a los electrones que aquel chico a mí.

Dejé pasar el fin de semana como si no tuviera importancia. En el fondo sabía que era verdad, pues serían dos largos días sin verlo. ¿Cómo se llamaría? ¿Cuáles serían sus aficiones? Quería saberlo todo de él. Todos los chicos me parecían iguales, por lo que me habían hecho años atrás. Sin embargo, él era diferente.

El lunes llegué temprano al instituto. Alguien me tocó la espalda y, casi dormida, me di la vuelta.

-¡Hola, Mary! –me saludó. ¡Era él!

-Ah...hola... –la frase se me quedó coja. En parte por los nervios, y en parte porque no sabía como se llamaba. -¿Cómo sabes mi nombre? –traté de arreglarlo.

-Todo el mundo sabe tu nombre en el colegio, imagino que ya sabrás por qué. – desconocía la razón, mas continuó hablando.- A propósito, me llamo Dani. Pero tu puedes llamarme... –hizo una breve pausa- cuando quieras. –sonrió, orgulloso por su agudeza.

Me quedé paralizada. ¿Cómo se llamaba? Aquello era imposible. ¿Habría tenido Danny un hermano que lo habrían llevado a Huesca para darlo en adopción y así conocerme? No, era poco probable.

-¿Estás bien? –me preguntó. Se me había olvidado que estaba todavía allí.

-Claro... mejor que nunca –mentí, a la vez que sonreí.

El timbre hizo presencia. Creo que ésa fue la única vez que di gracias a que mis oídos sufrieran, pues había evitado un momento embarazoso.

En matemáticas nos obligaron a hacer un examen sorpresa. No había entendido nada por culpa de Dani, que de vez en cuando miraba hacia atrás y después disimulaba dejando mucho que desear.

Al día siguiente nos repartieron el examen. Había suspendido. Sin embargo, el profesor se acercó a mí y me dijo que no me preocupara, pues tendría en cuenta que había estado dando el nivel de otro país. Asentí y sonreí a lo que él decía, mas no me enteré de nada.

-Bien, he decidido situaros en la clase según las notas. Los que mayor nota tengan, se sentarán al lado del compañero que las tenga inferiores, para así intentar nivelaros entre vosotros –explicó. –Entonces... Dani, siéntate ahí –apuntó con el dedo al pupitre que se situaba a mi lado.

Dani asintió, y se incorporó a mi lado sin dejar de mostrar sus perfectos dientes. Las cosas estaban pasando demasiado deprisa como para que pudiese asimilarlas con normalidad.

La clase siguió después de aquella intervención. Continuamente, él miraba mis apuntes y esbozaba la más bella de las sonrisas.

Abrí mi agenda, cosa que suelo hacer cuando me aburro o cuando necesito distraerme. Sin embargo, Dani estaba contemplando todo lo que hacía y vio en una de las páginas, que ponía “Danny te quiero mucho”.

-Mi nombre se escribe con una sola “L” y sin “Y” griega –dijo, seguro de sí mismo.

Entonces me quedé callada e imaginé lo que en ese momento pasaría por su mente. Me volví de color rojo en prácticamente segundos. Hice como que no le escuchaba, ya que sería incapaz de explicárselo. Había vuelto a meter la pata, pues él pensaría que me gustaba, y no era así. Bueno... sí era así, pero no tenía por qué saberlo.

Tímidamente me di unos suaves pellizcos, pero era inútil: no estaba en ningún sueño. Llegué a casa tan rápido como pude, sola, y desconsolada. No me parecía justo que todo lo malo me pasara a mí.

Al día siguiente fui en bicicleta al instituto. Sabía que las probabilidades de caerme o de ser atropellada eran muy altas, pero quería intentarlo. Sólo así conseguiría huir de la gente en un día en el que no me apetecía nada hablar. Después de cuatro minutos, lo logré. Estaba por fin en el instituto, sana y salva, intentando candarla en alguna valla. Avisté un lugar perfecto, mas un chico con casco gris se me adelantó, llevando su bici hacia allí. Malhumorada, intenté encontrar otro espacio libre, pero entonces el chico se giró. El color del casco hacía juego con sus ojos. Era él. Dani. ¿Por qué estaba en todas partes?

-¡Hola! –me saludó. Notó también mi estado de ánimo, y me propuso: -¿Quieres candar tu bici con la mía?

-Está bien –dije, rendida. Al fin y al cabo, no tenía mejores opciones.

Y así fue. Subimos las escaleras juntos, y se ofreció a llevarme la mochila hasta el segundo piso. Le dije que no, que no hacía falta, ya que me daba bastante pena que hiciese eso por mí. Al ascender el último peldaño sonó el timbre.

-Luego te veo, guapa –me piropeó.

¿Qué me había dicho? Ese chico era una caja de sorpresas. Una caja de sorpresas con ojos intensos, rizos perfectos y sonrisa impresionante.

En matemáticas el profesor no vino porque tuvo que ir al hospital, de modo que teníamos deberes que hacer. Pensé en adelantar trabajo con Laura, mi mejor amiga, pero entonces Dani empezó a hablarme.

-Oye, Mary... ¿yo a ti te gusto? –sí, a mí también me impresionó la manera tan directa que usó para preguntarlo.

-Ehm... –no sabía que responder.

-Es que tú a mí me gustas mucho. Lo sé, sé que apenas te conozco, pero nunca he sentido esto por nadie y me preguntaba si... –tomó aire y tragó saliva, pero no pudo continuar la frase.

-Yo... –le dije emocionadísima pero tratando que pareciese que no me importaba.

-No tienes por qué contestarme ahora. El próximo sábado tengo una cena familiar, con baile y espectáculos. Cuentan con que acuda acompañado. Y había pensado en...

-Está bien, te acompañaré. ¿A qué hora? –debo de admitir que me precipité un poco. Pero aquella situación estaba poniéndome nerviosa.

-A las ocho. Pásate por mi casa, ésta es la dirección –me advirtió, mientras sonreía y me mostraba un papel escrito.

-A las ocho estaré.

Quise irme, pero en ese momento su voz volvió a sonar.

- ¡Mary!

-¿Qué?

-¿No me vas a dar un beso de despedida?

Era tan adorable... ¿Cómo decirle que no? Le di un pequeño beso en su suave y lisa mejilla. A los dos segundos me retiré. No quería empeorar el momento.

Nada más entrar en mi clase correspondiente pensé en anotar una cuenta atrás hasta el sábado en la agenda, pero acto seguido recordé el incidente que había tenido por ella. No quería que él al verlo pensara que estaba ansiosa por que llegara el día, así que me convencí para esperar, fuere por el tiempo que fuere.

El esperado sábado llegó. Había estado probándome ropa sin pausa los cuatro días previos a la cita. Después de escoger los pantalones y blusa perfectos, me dirigí hacia su casa. La caligrafía de la dirección era suya, y me encantaba.

Después de diez minutos acabé la caminata. Su casa era un enorme chalet de tres plantas que tenía el aspecto de haber costado una fortuna. Llamé al timbre, y al poco me abrió la puerta una señora muy elegante que debía de ser la madre.

-Pasa –me invitó a entrar.

La habitación principal era espaciosa y amigas de la madre de Dani cuchicheaban, tomando unos aperitivos. Como sentía que sobraba, subí a la habitación de mi chico.

- ¿Dani? –le llamé.

-Estoy en la ducha. En cinco minutos salgo –chilló desde el otro lado de la casa.

Pude ver lo que había en su cuarto; su ropa, su tecnología... pero hubo una cosa que vi, algo que nunca le podré perdonar y que me obligó a salir inmediatamente de aquel lugar y olvidarme de Dani para siempre. Puede que cualquier persona piense que es una insignificancia, pero a mí me dolió, y mucho, pues mi opinión hacia él tomó un giro de ciento ochenta grados y volví a pensar que él era como todos los demás.

Llamada por mi espíritu cotilla abrí su armario, y vi el modelo que había preparado para vestir esa noche. Me pareció bastante elegante, ya que sería la primera vez que lo vería con corbata. Registré los papeles, por simple aburrimiento. Finalmente abrí los cajones de su escritorio. Ahí, rebuscando entre cosas inservibles, encontré una pintura azul. En ella aún podía leerse “María G.”.

Pseudónimo: *Cielo*